

## 1. ¿El fantasma de qué derecha recorre el mundo?

“En un salón de baile de un hotel italiano de espectacular opulencia –con sillas de terciopelo rojo, brillantes lámparas de cristal y un techo de vitrales– el movimiento conservador que una vez inspiró a gente de toda Europa, construyó puentes a través de la Cortina de Hierro y ayudó a ganar la Guerra Fría llegó, finalmente, a su fin”. La cita es de la ensayista liberal-conservadora Anne Applebaum, autora de agudos libros sobre la Unión Soviética y Europa oriental bajo el comunismo. Escrito en febrero de 2020 en la revista *The Atlantic*, el artículo toma un hecho puntual –una conferencia nacional-conservadora reunida en Roma con el pomposo nombre “Dios, honor, país: Ronald Reagan, papa Juan Pablo II y la libertad de las naciones”– para ponerle la lápida al liberalismo conservador republicano, atlantista y partidario de la globalización capitalista, tal como lo conocimos en los años ochenta y noventa del siglo XX. Applebaum no es la única que siente que un grupo de reaccionarios, nacionalistas, e incluso desequilibrados, se apropiaron de aquel legado para desnaturalizarlo. Habrían reemplazado así el viejo liberal-conservadurismo sostenido en gran medida en el poder angloestadounidense y en la voluntad de extender el combo mercado/democracia liberal alrededor del globo, por un tipo de aislacionismo sui generis –mezclado con la improvisación tosca pero no menos astuta– de un Donald Trump o un Boris Johnson. Hay en estas palabras una añoranza de unos Estados Unidos que buscaban funcionar como garante y escudo de un orden multilateral con-

certado, de un dominio imperial de tipo “contractual” e “internacionalista”. Reagan podía decir que “hubo algún plan divino que colocó a este gran continente entre dos océanos para ser buscado por aquellos que poseen un amor permanente por la libertad y un tipo especial de coraje”. Trump careció de esa poesía.

¿Estaban velando, en esa reunión de Roma, a un presidente estadounidense y a un papa polaco? Lo cierto es que el encuentro que invocó sus nombres era la segunda conferencia del “nacional-conservadurismo”. Allí estuvieron presentes viejos conocidos de las épocas heroicas de la Guerra Fría: el exescritor de discursos de Reagan, Clark Judge, y el exescritor de discursos de Margaret Thatcher, John O’Sullivan, que ahora funge como cabeza del Instituto del Danubio, cercano al gobierno húngaro. Pero además había varios representantes de las extremas derechas europeas. Dijeron presente, entre otros, Santiago Abascal, el referente de Vox, la fuerza emergente de la extrema derecha española; Marion Maréchal, nieta de Jean-Marie Le Pen; Thierry Baudet, figura de la extrema derecha holandesa; y Viktor Orbán, el primer ministro húngaro que propone una “contrarrevolución cultural europea”, en línea con el polaco Jarosław Kaczyński, tutor de un régimen cada vez más autoritario. Mientras que el italiano Matteo Salvini esquivó la reunión, pese a estar incluido como invitado estrella en el programa, tuvo un lugar central Giorgia Meloni, líder de Hermanos de Italia, partido heredero del posfascista Movimiento Social Italiano, y figura emergente de la extrema derecha vernácula.

Junto a ellos había una fauna variopinta de intelectuales, políticos e integrantes de *think tanks*. Nacional-católicos, populistas de derecha y referentes de la (extrema) derecha jurídica acudieron a la cita. En la primera conferencia, celebrada en Washington en 2018, entre los oradores estuvieron el presentador de Fox News Tucker Carlson, y el entonces asesor de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, John Bolton, uno de los arquitectos de la invasión a Irak.

Detrás de divergencias profundas, predominó un discurso en defensa de la “civilización occidental” y del nacionalismo, y se denunció la “dictadura de Bruselas” y las imposiciones de las élites cosmopolitas. Se proyectó una visión del mundo que, en términos del británico David Goodhart, se divide entre los de “algún lugar” (*somewheres*) y los de “ningún lugar” (*anywheres*).<sup>4</sup> Uno de los coorganizadores del evento era el escritor israelí Yoram Hazony, autor de *The Virtue of Nationalism* [La virtud del nacionalismo] y presidente de la Fundación Edmund Burke, quien no ahorra elogios a Benjamin Netanyahu, uno de los líderes “iliberales” que está torsionando, todo lo que puede, la democracia liberal. “Lo que la mayoría de quienes opinan desde los Estados Unidos parece no entender es que, bajo Netanyahu, Israel está mejor que nunca en términos de postura estratégica, relaciones exteriores, economía, demografía, agua y energía. El país ha florecido bajo su liderazgo”, tuiteó Hazony en abril de 2020. En el evento nacional-conservador, apuntó que “en las escuelas estudiamos la Ilustración y no la Biblia, que es donde se encuentra el verdadero [pensamiento] sobre las naciones”. La joven Marion Maréchal señaló, por su parte, que las fuerzas conservadoras y nacionalistas son “el nuevo humanismo de este siglo”, describió a Francia como un país oprimido por la Unión Europea y reivindicó a los *somewheres* contra los *anywheres*.

La mayoría de estos nacional-conservadores condena la fase más agresiva de la globalización: el nuevo orden mundial de George H. W. Bush, el Tratado de Maastricht de la Unión Europea, la expansión de la Organización del Tratado

4 Es bastante habitual que el financista George Soros sea acusado, en especial en Hungría, con términos clásicos del antisemitismo, que siempre colocó a los judíos como los de “ningún lugar”. Eso, por supuesto, no impide que Netanyahu considere a Hungría y a su líder “amigos de Israel”.

del Atlántico Norte (OTAN) hacia Europa del Este, la introducción del euro y otros elementos de un proceso de tres décadas de rápida globalización que los nacionalistas detestan. Ese cambio de dirección produjo, entre otras cosas, una política exterior “globalista” de los Estados Unidos, una creciente dependencia de las organizaciones internacionales multilaterales, una mayor homogeneidad cultural, una fe renovada en la ideología del libre mercado y una perspectiva agresivamente individualista plasmada en el famoso adagio de Margaret Thatcher: “No hay tal cosa como la sociedad. Hay hombres y mujeres y hay familias”. Una frase sacada de contexto, pero reveladora. “Los nacionalistas dicen que quieren redefinir el conservadurismo, pero no están seguros de lo que es”, escribió en tono de burla Mattia Ferraresi, en la revista *Foreign Policy*, sobre las curiosas afinidades –y promiscuidades políticas– que construye el inconformismo actual (Ferraresi, 2020).<sup>5</sup>

¿Por qué precisamente centrar la conferencia en el expresidente Reagan y en el papa Juan Pablo II, dos líderes de la última época de la Guerra Fría que, por lo general, articulaban los tipos de visiones universalistas y globales con las que los nacionalistas desean romper? Reagan, como recuerda Ferraresi, habló durante toda su vida política de los Estados Unidos como la “ciudad brillante sobre una colina”, un faro de libertad para toda la humanidad, cuyos valores podrían y deberían exportarse a escala mundial. Anota Applebaum (2020):

Si Reagan y Juan Pablo II estaban unidos por algo, era por una gran, ambiciosa y generosa idea de la civilización política occidental, en la que una Europa democrática estaría integrada por múltiples vínculos económi-

5 El primer ministro Boris Johnson pareció contradecir a la “Dama de hierro” al declarar que “existe tal cosa como la sociedad”, en el marco de la crisis del covid-19 que lo alcanzó a él mismo.

cos, políticos y culturales, y se mantendría unida bajo el paraguas de la hegemonía estadounidense.

Hay sin duda una mistificación de este pasado. Como si el nacionalismo nativista de Trump o del británico Nigel Farage, promotor de un *hard Brexit*, no tuviera también raíces en las coaliciones que Reagan y Thatcher armaron para sostener su “revolución conservadora”. Y como si el racismo y el supremacismo blanco no tuvieran una larga historia en el liberal-conservadurismo estadounidense. Pero no deja de ser cierto que hay puntos de quiebre. A modo de ejemplo: el propio George W. Bush dijo que no había votado por Trump en 2016, y tras la muerte de George Floyd a manos de la policía de Mineápolis en mayo de 2020, el expresidente habló de “racismo sistémico” y sin mencionarlo criticó a Trump por su manejo de la crisis que siguió al asesinato. No eran pocos los republicanos que deseaban deshacerse del presidente. El problema que enfrentaban era que Trump enamoró a las bases republicanas, que ya venían siendo transformadas por los efectos del Tea Party, un movimiento social que buscaba volver a los viejos buenos tiempos del Estado pequeño y la hegemonía blanca de los orígenes de los Estados Unidos, y que funcionó como un poderoso impulso político-cultural contra las élites políticas, incluidas las que estaban al frente del partido del elefante.

Pero quizás hay algo más importante: como me dijo una vez un joven libertario argentino, Reagan y Thatcher eran parte de una generación de políticos anticomunistas “fuertes”. Ese anticomunismo se debilitó, sin duda, tras la caída del Muro de Berlín y esa fuerza se desintegró, básicamente porque también lo hizo el comunismo. No obstante, para una parte de las nuevas derechas radicales, el comunismo ha vuelto bajo la forma del “marxismo cultural” y es necesario retomar esos combates con la misma energía. Reagan podía ser más multilateralista, pero también fue quien dijo, en un famoso video, que la salud pública era una especie de paso

previo al comunismo (Reagan, c. 1961). Trump y sus seguidores se dedicaron precisamente a demonizar el Obamacare y la salud pública, mientras que la izquierda de Bernie Sanders hizo del Medicare for All el eje del renacimiento del socialismo democrático estadounidense. “La única operación militar que Reagan ordenó durante su presidencia fue la invasión de Granada, que duró menos de una semana”, le dijo Hazony a *Foreign Policy*, tratando de saldar las contradicciones. Sobre el Reagan anticomunista no hay dudas, y lo mismo vale para Juan Pablo II.

Quien para muchos nacionalistas habría estropeado todo fue Bush padre y su nuevo orden mundial. Pero en cualquier caso, las fronteras entre estos grupos son porosas, la nostalgia abunda, y a menudo las mezclas ideológicas también. Sin duda, el huracán Trump conllevó un cambio cultural que molestó a los conservadores *mainstream* y modificó la relación de fuerzas en un contexto más extendido: figuras marginales pasaron a tener cargos públicos, por períodos más o menos fugaces, y medios ubicados en las cloacas de la red lograron una amplificación inédita de su voz. Steve Bannon es un caso emblemático: pasó de *Breitbart News*, una publicación de extrema derecha adepta a las teorías conspirativas y sin ninguna respetabilidad, a la Casa Blanca y, tras su salida, se fue a Europa a intentar poner en pie el Movimiento, una red de partidos nacional-populistas. Es posible que Bannon sea el “villano ideal”, como lo llamó un artículo en la revista *Letras Libres*, “un vendedor de sí mismo que supo aprovechar el momento” (Rodríguez, 2019) y que al final de cuentas todos hayamos comprado un poco el personaje que proyecta. Pero no es menos cierto que hoy hay muchos Bannons, que las fronteras entre las derechas nacionalistas “aceptables” y las posfascistas se volvieron más difusas que antaño, cuando los grupos neonazis tenían a su alrededor un cordón sanitario de las fuerzas republicanas y democráticas, y más importante aún, que la victoria de Trump, más allá de los resultados de su gestión y de su fracaso reeleccionista, amplió los márgenes

de lo decible para las derechas radicales y legitimó diversas aristas del etnonacionalismo.

## ¿Extremas derechas 2.0?

¿Cómo denominar a estas fuerzas que ocupan el espacio de la “derecha de la derecha” y que en estas últimas décadas se fueron moviendo desde los márgenes hacia la centralidad del tablero político? Enzo Traverso retoma el término “posfacismo” elaborado por el filósofo húngaro Gáspár Miklós Tamás. Estas nuevas derechas radicalizadas no son, sin duda, las derechas neofascistas de antaño. Es claro que sus líderes ya no son cabezas rapadas ni calzan borceguíes, ni se tatúan esvásticas en el cuerpo. Son figuras más “respetables” en el juego político. Cada vez parecen menos nazis; sus fuerzas políticas no son totalitarias, no se basan en movimientos de masas violentos ni en filosofías irracionales y voluntaristas, ni juegan con el anticapitalismo (Tamás, 2000).

Para Traverso, se trata de un conjunto de corrientes que aún no terminó de estabilizarse ideológicamente, de un flujo. “Lo que caracteriza al posfacismo es un régimen de historicidad específico –el comienzo del siglo XXI– que explica su contenido ideológico fluctuante, inestable, a menudo contradictorio, en el cual se mezclan filosofías políticas antinómicas” (Traverso, 2018: 19). La ventaja del término “posfacismo” es que escapa del de “populismo”, que –como sabemos– es muy problemático, está muy manoseado, incluso en la academia, y mezcla estilos políticos con proyectos programáticos hasta volverse una caja negra donde pueden caber desde Bernie Sanders hasta Marine Le Pen, pasando por Hugo Chávez o Viktor Orbán. Además, logra colocar el acento en la hostilidad de estos movimientos a una idea de ciudadanía independiente de pertenencias étnico-culturales. Sin embargo, un uso extendido de la categoría “posfacismo” presenta el problema de que no todas las extremas de-

rechas tienen sus raíces en la matriz fascista; que las que las tienen, como apunta el propio Traverso, están emancipadas de ella y, quizás más importante, que el término “fascista”, incluso con el prefijo *post*, tiene una carga histórica demasiado fuerte y, al igual que ocurre con el de “populismo”, combina una intención descriptiva y heurística con su uso corriente como forma de descalificación en el debate político. Jean-Yves Camus propone apelar controladamente al término “populismo” para denominar a estos movimientos “nacional-populistas”, y dar cuenta de los esfuerzos por construir cierto tipo de “pueblo” contra las “élites”, sobre todo las “globalistas”. La desventaja del término es la que ya mencionamos para el populismo en general; su ventaja es que permite acentuar mejor la novedad del fenómeno y enmarcarlo en una reacción más amplia de inconformismo social a escala global. Es evidente que vivimos un momento de expansión de demandas insatisfechas, en términos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que debilitan la hegemonía dominante (Mouffe, 2018). Las nuevas derechas buscan terciar en esa batalla y organizar el sentido común en torno a su visión del mundo. Quizás valga la síntesis del historiador Steven Forti: estaríamos frente a una nueva extrema derecha, o extrema derecha 2.0, que utiliza un lenguaje y un estilo populistas, se ha transformado sustituyendo la temática racial por la batalla cultural y ha adoptado unos rasgos provocadores y antisistema gracias a la capacidad de modular la propaganda a través de las nuevas tecnologías (Forti, 2020).

Quizás podríamos hablar de derechas radicales como se habla de izquierdas radicales (en Europa), como un concepto paraguas para quienes ponen en cuestión el consenso centrista organizado en torno a conservadores democráticos y socialdemócratas. No obstante, como señalamos en la introducción, lo importante, en un escenario gelatinoso que incluye a neoliberales autoritarios, social-identitarios y neofascistas, es saber en cada momento de qué estamos hablando. Es necesario matizar la percepción de que hoy “todo es más confuso”.

Es cierto que las “grandes ideas” —o los grandes relatos— ya no están disponibles como ayer y eso hace que se hayan perdido ciertas coordenadas y la brújula ya no siempre marque el norte. Pero eso no quita que la idea de que los ejes izquierda/derecha funcionaban de manera magnífica en el pasado es a menudo pura mitología: todavía hoy no está saldada la discusión historiográfica sobre fenómenos como el nazismo o el fascismo (por otro lado, diferentes entre sí y con fracciones ideológicamente enfrentadas en su interior); en todos los países europeos hubo siempre una fracción de trabajadores que adhirieron a ideas democristianas y otras ideologías no “clasistas”; fenómenos como el gaullismo francés introdujeron sus propias particularidades en el mapa izquierda/derecha; luego vendrían diferentes versiones del ecologismo “ni de izquierda ni de derecha”. Lo que hubo, en todo caso, fue un bipartidismo conservador-socialdemócrata que en algunos países europeos y durante cierto tiempo ordenó las cosas. Por su parte, en los Estados Unidos, los dos grandes partidos articularon diversos tipos de ideologías que se impusieron en uno u otro momento generando hegemonías temporales. Mientras que en la potencia norteamericana ese bipartidismo sigue en pie, en Europa ya parece cosa del pasado. Pero en ambos casos, un tipo de derechas lo erosiona desde adentro y desde afuera.

Como lo expresó Jean-Yves Camus ya en 2011, la emergencia de las derechas populistas y xenófobas introduce una competencia por el control del campo político que la familia liberal-conservadora no había conocido desde 1945. De hecho, en la primera posguerra el centro fue el punto de demarcación entre democracia y totalitarismo, este último representado por el comunismo y el fascismo, incluidas las extremas derechas domésticas (Mondon y Winter, 2020). Los extremos eran vistos como patologías políticas. Y, más allá de los convulsionados años sesenta y setenta, eso continuó así en la mayoría de los países europeos en los que se estabilizó la competencia entre conservadores y socialdemócratas.

Mouffe distingue el populismo de derecha de las extremas derechas autoritarias (entre las que incluye a las protofascistas o a la *alt-right*). La diferencia sería que, mientras el populismo de derecha da respuestas (xenófobas y reaccionarias) a demandas democráticas, en la constitución de las derechas extremas estas demandas democráticas estarían ausentes.<sup>6</sup> Esta clasificación puede funcionar como una suerte de “tipo ideal”, pero en la práctica resulta difícil separar la paja del trigo. ¿Marine Le Pen es una populista de derecha y Jair Messias Bolsonaro un representante de la extrema derecha autoritaria? ¿Vox se ubicaría en esa segunda categoría mientras que el Partido Popular danés entraría en la primera? Puede ser, pero este clivaje resulta problemático en la práctica, ya que estas corrientes tienen diferentes alas en su interior –por ejemplo, en Alternativa para Alemania conviven sectores de simpatías nacional-socialistas con euroescépticos neoliberales xenófobos– y al mismo tiempo son movimientos dinámicos. Como señalaba Traverso, se trata de flujos cuya tendencia es a cierta “normalización”. Por ejemplo, varios de estos partidos dejaron de promover la salida inmediata de la Unión Europea, aunque hay que ver si el Brexit podría volver a entusiasmar a algunos de ellos con nuevos “exits”. Al mismo tiempo, la tendencia a la normalización –que en Francia llaman “desdemonización”– está llevando a todas las derechas de las derechas a jugar en forma más decidida en el terreno de la democracia. Eso no significa que esta conversión sea con fe. Como observamos en Hungría y Polonia, el ya largo predominio de los nacional-populistas está erosionando la democracia, sin que su pertenencia a la Unión Europea haya frenado decisivamente esa deriva (aunque, también hay que decirlo, no sabemos qué habría pasado si estuvieran fuera de la Unión). Al mismo tiempo, la entrada de las derechas ra-

6 Un ejemplo podría ser la “demanda democrática” de mayor poder de decisión al pueblo frente a la tecnocracia de Bruselas.

dicales al juego democrático fue presionando a las derechas más moderadas a radicalizarse sobre algunas temáticas para evitar la migración de los votos hacia las fuerzas inconformistas (un ejemplo es el Partido Popular en España, que giró a la derecha para evitar fugas hacia Vox y terminó por abandonar el espacio de centroderecha, que en un momento pareció ser seducido por Ciudadanos; otro ejemplo es el de Austria, donde los conservadores terminaron mimetizándose con la extrema derecha y cogobernando con ella aunque recientemente la cambiaron por Los Verdes).

Tanto los que tienen raíces ideológicas más visibles en el fascismo (Frente Nacional francés, Demócratas de Suecia) como quienes no las tienen (Partido de la Libertad de Holanda, Partido Popular danés, Liga italiana), así como los que las tienen parcialmente, esgrimen algunos ejes comunes: obsesión con la identidad nacional, rechazo a la inmigración, condena al multiculturalismo, alegatos exaltados contra la islamización de Europa, denuncia de las “imposiciones” de la Unión Europea.<sup>7</sup>

Es importante destacar que, como señala Jean-Yves Camus, el rechazo a los musulmanes no se basa ya en las jerarquías raciales de matriz fascista o neofascista, sino que se justifica, precisamente, en valores humanistas nacidos del Iluminismo y del combate de las izquierdas: laicidad, libre pensamiento, derechos de las minorías, igualdad de los sexos, libertades sexuales. Esto es fundamental porque, de este modo, el discurso etnocéntrico se vuelve aceptable: ya no se basa en la desigualdad natural, sino en un diferencialismo absoluto: cada pueblo tiene derecho a preservar sus valores viviendo

7 El caso de la Liga –antes Liga Norte– de Italia es interesante porque comenzó como un partido regionalista/separatista marcado por el racismo interno hacia los italianos del sur. Su líder, Matteo Salvini, sin escatimar oportunismo ideológico, transformó al partido en una fuerza nacional, con votos también en el antes despreciado sur, y llegó a la vicepresidencia de Italia en 2018.

sin mezclarse en su propio territorio. El caso francés es ilustrativo sobre lo que el filósofo Jacques Rancière denominó la transformación de los ideales republicanos (y laicos) en instrumentos de discriminación y desprecio. Si la laicidad remitía al Estado, y a su separación de la Iglesia, esta comenzó a recaer más recientemente en los individuos. La violación a la laicidad puede, entonces, provenir de una mujer con velo.

Se utilizan los grandes valores universales para descalificar mejor a una parte de la población, oponiendo los “buenos franceses”, partidarios de la república, del laicismo o de la libertad de expresión, a los inmigrantes, necesariamente comunitarios, islamistas, intolerantes, sexistas y atrasados (Aeschmann, 2015).

Operaciones similares existen, como veremos, respecto de las minorías sexuales y su lectura en clave homonacionalista.

Parte de este sustrato etnocivilizatorio de la noción de ciudadanía declinará en una serie de teorías conspirativas –obsesionadas con la demografía– que sostienen que hay en curso un “gran reemplazo” de la población europea y de “su” civilización por diferentes grupos no blancos, especialmente arabo-musulmanes. Muchas de estas ideas –de forma asumida o no– están detrás de los “sentidos comunes” creados por los nacional-populistas a lo largo y ancho de Europa... y más allá.

En el plano económico, hay en las derechas un clivaje entre dos tipos ideales que luego presentan diferentes tonalidades de grises: los “(nacional)liberales” y los “estatistas”. Por ejemplo, Alternativa para Alemania ve al partido de Marine Le Pen como demasiado “socializante” y la Liga amagó con políticas antiausteridad mientras estuvo en el gobierno italiano. Al mismo tiempo, en ambos casos se pueden desarrollar discursos en defensa de los trabajadores locales, de los pequeños campesinos o comerciantes aplastados por el *dumping* social, o, como hizo Boris Johnson en la campaña sobre el Brexit, manipular el apoyo popular al Servicio Nacional de

Salud (NHS) en favor de su propuesta de salida por derecha de la Unión Europea. La oposición neoliberalismo/antineoliberalismo no da cuenta de las diferentes formas que pueden tomar estas combinaciones variables de nacional-liberalismo y chovinismo de bienestar. (Anotemos al margen que el término “neoliberal” tiene un uso tan poco preciso en las izquierdas como “populismo” en las derechas “republicanas”).

A su vez, es interesante notar que los nacional-populistas se han ido apropiando de la bandera de la democracia directa y del referéndum. La Unión Democrática del Centro (UDC) suiza, un país donde la democracia directa es parte de su sistema político tradicional, alimentó estas tendencias con un referéndum para prohibir los minaretes de las mezquitas (2009) y una votación sobre la expulsión de los “extranjeros criminales” (2010). En el nuevo modelo de la derecha radical moderna el referéndum de iniciativa popular parece ser el medio de devolver al pueblo llano un poder confiscado por Estados sin soberanía y élites corruptas (Camus, J-Y. 2011). Esta herramienta de la democracia directa, a la que históricamente apelaron las izquierdas, cayó, al menos en parte, en manos de los populistas de derecha: si en el referéndum celebrado en Francia en 2005, el triunfo del “No” a la Constitución europea fue disputado entre la extrema derecha, el Partido Comunista y la izquierda radical, la victoria del Brexit once años más tarde benefició con exclusividad a la extrema derecha y a los conservadores nacionalistas. No por casualidad muchos socialdemócratas hoy tienen pavor a los referendos, mientras los partidos socialistas resultan cada vez menos capaces de expresar a los de abajo, y sus dirigentes, devenidos social-liberales, socializan demasiado con los de “arriba” (Lefebvre y Sawicki, 2006; Hillebrand, 2017, 2018).

En estos años, los buenos resultados de las extremas derechas se han vuelto moneda corriente. Son varios los momentos que jalonaron la mencionada “normalización”. Uno de los puntos de inflexión fue en febrero de 2000, cuando la extrema derecha austríaca congregada en torno al Partido de la

Libertad de Jörg Haider pasó a formar parte de la coalición de gobierno. Gran escándalo en Europa, rechazos, advertencias. Poco más. Un segundo punto de inflexión fue en Francia en abril de 2002: el viejo *ultra* Jean-Marie Le Pen quedaba en segundo lugar por delante del Partido Socialista. Eran pocos votos, no llegó al 17%, pero el segundo puesto fue muy simbólico. La Francia republicana y progresista primero contuvo el aliento, después se tapó la nariz y votó en forma masiva por Jacques Chirac, que aplastó a Le Pen con más del 80% (incluso gran parte de los trotskistas lo votaron contra el “fascismo”). En 2017, la que pasó al balotaje fue Marine Le Pen, quien, ya más “desdemonizada”, rozó el 35%.

Hoy, las extremas derechas europeas son una fauna habitual de los parlamentos nacionales y en el de la Unión, donde tienen presencia en el Grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (CRE), así como en el bautizado Identidad y Democracia (ID). Desde los países nórdicos hasta el sur de Europa, desde Francia hasta las naciones excomunistas de Europa central y oriental, casi no hay país que no haya vivido la emergencia de la extrema derecha, ni el “pacífico” Portugal. Uno de los últimos es España, donde Vox aprovechó el desafío independentista catalán para desempolvar un discurso nacionalista *old style*, que suena a la “España una, grande y libre” del dictador Francisco Franco, y usó la corrupción en el Partido Popular para presentarse como la renovación moral de la derecha. Vox logró irrumpir en un escenario político bipartidista que ya había sido debilitado por Podemos y Ciudadanos. Más nacional-conservador y “estilo Europa del Este” que otros nacional-populismos, el nuevo partido hizo de los ataques a la “ideología de género” y al feminismo y de la defensa de la “familia tradicional” (al punto de oponerse a la ley de violencia de género porque “la violencia no tiene género”) sus ejes discursivos, junto con la posición antiinmigración y su rechazo a las iniciativas de memoria histórica antifranquistas. “Los que defienden la obra de Franco también tienen cabida en Vox”, dijo su líder Santiago Abascal, como si hiciera falta aclararlo.

Más cerca de nosotros, el triunfo de Jair Bolsonaro en 2018 en Brasil tuvo mucho de guerra cultural. Por un lado, el candidato derechista rescató un discurso anticomunista propio de la Guerra Fría, y por el otro, su campaña buscó excomulgar la “ideología de género” del país. Al mismo tiempo, exhibió una estética de las armas propia de los grupos proarmas de los Estados Unidos. Uno de los hijos del mandatario habló de Bannon como un referente ideológico, y el excéntrico astrólogo y teórico de la conspiración Olavo de Carvalho dio basamento pseudofilosófico a la cruzada bolsonarista, que tuvo como invitado estrella a Benjamin Netanyahu en la ceremonia de investidura presidencial el 1º de enero de 2019. Desde el punto de vista ideológico, el bolsonarismo parece más cercano a la mezcla de neoliberalismo y conservadurismo de Vox que al chovinismo social de Le Pen, aunque más recientemente Bolsonaro no ha dudado en utilizar la política social para ganar a la base lulista entre los sectores más pobres del país. A la par, su sector evangélico –cada vez más corrido a la derecha– tiñe el proyecto de conservadurismo religioso, y su defensa de la dictadura militar, sumada a la enorme presencia de uniformados en el poder y en su base electoral, añade una faceta antidemocrática específica, propiamente latinoamericana.

## **El espectro de la derecha alternativa**

En un artículo publicado originalmente en la *Revue du crieur*, la periodista Laura Raim recuerda los contornos del viejo conservadurismo que durante décadas controló el Partido Republicano en los Estados Unidos, el también denominado Grand Old Party (GOP). Uno de los pilares fue la *National Review*, lanzada en 1955 en medio de la Guerra Fría.

La *National Review* sirvió entonces de matriz para la refundación de un conservadurismo moderno que

fusionaba liberalismo económico movilizadado desde la década de 1930 contra el New Deal con tradicionalismo de los valores morales y anticomunismo (Raim, 2017).

En la historia idealizada del conservadurismo, esta revista habría sabido “expulsar a los reaccionarios, los conspiracionistas y los antisemitas que pululaban en la derecha”. Este movimiento conservador logró apoderarse del Partido Republicano en 1964 (Raim, 2017). En 2016 lo perdió. Muchos sintieron que Trump les “robó” el partido. Pero como el corazón de las bases, más que el de los financiadores, pareció ser conquistado por el dueño de la Trump Tower, pocos se animaron a sacar los pies del plato o a enfrentarse directamente al presidente. Veremos si la derrota de 2020 da lugar a una nueva configuración, ya sin Trump en la Casa Blanca, aunque su base sociológica probablemente siga ahí.

El ascenso del trumpismo al poder tuvo como sustrato al pintoresco mundo de las derechas alternativas (*alt-right*) compuestas por nacionalistas blancos, paleolibertarios y neorreaccionarios. Muchos de estos grupos apoyaron su campaña en 2016 y tuvieron mucha más visibilidad mediática tras la victoria electoral.<sup>8</sup> En abril de ese año, el entonces estudiante Pete Calautti publicó un artículo con un título curioso: “I’m a PhD Student, and I can’t Wait to Vote for Donald Trump” [Soy doctorando y estoy ansioso por votar a Donald Trump]. Con énfasis en que era una especie de *rara avis* en su universidad, y que incluso por su aspecto nadie sospecharía en sus cursos que era un entusiasta seguidor de Trump (como si se tratara de un *illuminati* camuflado), el argumento de Calautti no carece de lucidez.

8 Se trata de una constelación conocida como la *alt-right*, tal como la definió Richard Spencer. Este supremacista utilizó el término *alt-lite* para los sectores no tan explícitamente racistas como él. No obstante, el primer término se volvió más popular y se utiliza de manera amplia.

## El entonces doctorando escribe que

tanto la derecha alternativa como Trump parecen entender que los temas de la guerra cultural como el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo, etc. son contraproducentes. Existen para que el establishment conservador los use como material de propaganda para encender a sus bases.

La verdadera contradicción, sostiene, es entre globalistas y antiglobalistas. Estos últimos serían quienes están defendiendo a los trabajadores estadounidenses:

Cada vez que oigas a un político decir que los inmigrantes “están haciendo los trabajos que los estadounidenses no hacen”, reemplázalo en tu mente con la verdad: “están haciendo los trabajos por los que no queremos pagar salarios dignos para que los estadounidenses los hagan”.

Esto no solo ocurriría con los puestos no calificados sino también con el programa de visas H-1B, que “no es más que una enorme laguna jurídica que las grandes empresas explotan para importar mano de obra barata”. Y prosigue:

Este ciclo electoral ha sido muy raro, y uno de los elementos más extraños en él es ver a la izquierda –que todavía se engaña a sí misma creyendo que está del lado de las familias trabajadoras– argumentar del mismo lado que las grandes empresas sobre la cuestión de la mano de obra barata (Calautti, 2016).

Esto no es tan cierto para el caso de Sanders, que hizo una bandera del aumento salarial, pero sí para el caso de Hillary Clinton y la mayoría *liberal* del Partido Demócrata (recordemos que “izquierda” en los Estados Unidos se usa en un sentido

laxo, en especial por parte de quienes apoyan a Trump). Pero además de defender a los trabajadores, el estudiante trumpista vio el voto al magnate como “un arma”: un arma para castigar al establishment republicano. Es más, un arma para destruir a ese partido copado por los neoconservadores. El futuro del bipartidismo reformado debería ser, entonces, “un partido explícitamente antiglobalista contra un partido globalista de las élites transnacionales”. La pelea Trump versus Hillary Clinton en 2016 pareció de hecho encajar en ese antagonismo. De nuevo: *somewheres* contra *anywheres*.

El mérito de ese artículo es que resumió, con franqueza, las razones de un votante ilustrado de Trump, que fueron más o menos las mismas que las de las bases republicanas primero y de los votantes estadounidenses más tarde. Aunque Trump no consiguió la mayoría del voto popular, las bancas en el colegio electoral le alcanzaron para transformarse en presidente de los Estados Unidos. Con su victoria, la derecha alternativa conseguía su carta de ciudadanía. Muchos votaron por la consigna *Make America Great Again* [Que los Estados Unidos vuelvan a ser grandes], mientras que otros parecieron traducirla en su subconsciente por *Make America White Again* [Que los Estados Unidos vuelvan a ser blancos]. El nacionalismo blanco regresaba a la escena, de la que en verdad nunca se había ido, más empoderado, más “respetable”. Como escribió Rosie Gray, el triunfo de Trump dio nueva energía a una derecha que está cuestionando y tratando activamente de dismantelar las ortodoxias existentes, incluso algunas tan fundamentales como la democracia (Gray, 2017).

“Un fantasma recorre las cenas de sociedad, los eventos electorales y los *think tanks* del establishment: el espectro de la derecha alternativa”, impulsada “por jóvenes creativos y deseosos de incurrir en todas las herejías seculares”, escriben Milo Yiannopoulos y Allum Bokhari en una suerte de manifiesto, replicando la famosa frase con la que Marx y Engels anunciaban la irrupción del comunismo en la política europea. Los autores –uno gay y “medio judío” y otro de origen

paquistaní— pregonan “un abierto desafío a todos los tabúes establecidos” y describen la *alt-right*, en la que se inscriben, como “adicta a la provocación”. Para eso, esta última tiene a mano el troleo como guerrilla cultural y el meme como instrumento político. Ellos mismos se presentaban como defensores de “los desechos de la sociedad” aunque a la vez destacaban que esta nueva derecha, a diferencia de los *skinheads* neofascistas de antaño, está compuesta por jóvenes “peligrosamente brillantes”. Yiannopoulos —un *influencer* carismático y a menudo escandaloso, en el que resuena algo de cultura *camp*— trabajó en *Breitbart News*, ascendió al estrellato de la galaxia de la derecha alternativa y más tarde cayó en desgracia por sus ironías sobre la pedofilia. El británico identificó a Trump como el único candidato verdaderamente cultural que han tenido los Estados Unidos desde hace décadas, cuando fue Pat Buchanan quien encarnó ese papel. Pero Buchanan perdió y Trump ganó. Esta derecha alternativa era, en palabras de Yiannopoulos y Bokhari, “una ecléctica mezcla de renegados que, de un modo u otro, tenían cuentas que ajustar con los consensos políticos establecidos”. Como se ha dicho, es posible pensar a la derecha alternativa como unos conservadores que ya no tienen nada que conservar.

En 2016, Hillary Clinton dio publicidad al término: en un discurso de campaña dijo que Trump no representaba “el republicanismo tal como lo conocemos”, sino “una ideología racista emergente conocida como *alt-right*”. En las latitudes más extremas de esta gelatinosa derecha alternativa pueden encontrarse desde el supremacista blanco Richard Spencer y el masculinista Jack Donovan hasta los “peligrosamente brillantes” (Yiannopoulos *dixit*) neorreaccionarios (NRx), partidarios de la denominada Ilustración Oscura.

En los primeros años 2000, la derecha alternativa, aún marginal, se articuló en torno a Spencer, partidario de una “limpieza étnica pacífica” de los no blancos de Estados Unidos. Las visiones de extrema derecha de Spencer —que fue filmado diciendo “¡*Heil Trump!*” en apoyo al magnate— están lejos

de promover simplemente un retorno al pasado. El ideólogo estadounidense, autor de una tesis sobre el filósofo de la Escuela de Frankfurt Theodor Adorno, no cree que la década de 1950 fuera el paraíso y no le preocupan las ansiedades de los conservadores cristianos: no le importa el matrimonio gay y apoya el acceso legal al aborto, en parte para reducir el número de negros e hispanos (Wood, 2017). Para muchos en la derecha, Spencer es demasiado nazi y racista incluso para sus parámetros, y buscan alejarse de él.

Donovan pasó por la vida gay al dejar la casa de sus padres en la Pensilvania rural para estudiar arte en Nueva York. Allí bailó gogó en clubes homosexuales, se juntó con *drag queens* y marchó por el orgullo gay. Pero luego abandonó los estudios, aprendió a usar herramientas, practicó artes marciales combinadas y decidió que no era gay, sino un masculinista contumaz. Autor con pseudónimo de *Androphilia: A Manifesto. Rejecting the Gay Identity, Reclaiming Masculinity* [Androfilia: un manifiesto. Rechazar la identidad gay y recuperar la masculinidad], dice que “la palabra ‘gay’ describe todo un movimiento cultural y político que promueve el feminismo antimasculino, la mentalidad de víctima y la política de izquierda”. Donovan utiliza el término “andrófilo” para describir a un hombre cuyo amor por la masculinidad incluye el sexo con otros hombres (Malabranche, 2007; O’Connor, 2017). En línea con su idea tribal de la masculinidad, y con su exaltación de una masculinidad propia de *El club de la pelea*, se unió a los Lobos de Vinland, un grupo neopagano a menudo acusado de impulsar ideologías de odio; incluso algunos de sus miembros promovieron acciones racistas violentas. Aunque dice no ser un nacionalista blanco, Donovan participó en publicaciones y eventos de Spencer y defiende una asociación entre nacionalismo y blanquitud, además de formas de secesionismo blanco (Minkowitz, 2017).

## Utopías neorreaccionarias

Como parte de la galaxia de la derecha alternativa, en su sentido amplio, los neorreaccionarios hace unos años concitaron numerosos artículos de análisis. Esta subgalaxia de las derechas radicales está vinculada al mundo tecnológico de Silicon Valley, que incluye investigaciones en ciencias cognitivas. Sus referentes cuestionan la democracia y la igualdad y no suelen hablar con los medios. La neorreacción es un movimiento de culto, antimoderno y futurista, de libertarios desilusionados que decidieron que una cosa es la libertad y otra la democracia, y que no se pueden lograr cambios mediante la política. El movimiento está asociado al blog (ahora inactivo) Unqualified Reservations, de Curtis Yarvin, más conocido como Mencius Moldbug. Moldbug es un ingeniero de *software* de San Francisco, propietario de la *startup* Tlön, que consiguió financiamiento de Peter Thiel, cofundador de PayPal.

Los neorreaccionarios consideran la democracia un producto catastrófico de la modernidad, un régimen “subóptimo” e inestable, orientado hacia el consumo y no hacia la producción y la innovación, que conduce siempre a una mayor tributación y redistribución (los políticos necesitan ganar elecciones). La democracia es consumismo orgiástico, incontinencia financiera y *reality show* político. No genera progreso, lo consume. Por eso termina dando lugar a una sociedad de parásitos. “El comunismo y la democracia capitalista son dos caras de la misma moneda –formas de gobierno de masas–. Ambos sistemas insisten en que todos son iguales, a pesar de los signos obvios de lo contrario”, escribió el neorreaccionario Michael Anissimov (2013). “Los votantes irracionales y los políticos complacientes crean un ciclo de error que se retroalimenta”.

El único remedio, dicen, es un neELITISMO oligárquico, en el que el papel del gobierno no debería ser representar la voluntad de un pueblo irracional, sino gobernarlo correctamente. Los libertarios clásicos suelen quejarse de que la de-

mocracia es demasiado permeable a poblaciones hostiles al *laissez faire* e impregnadas de una “mentalidad anticapitalista” gregaria. E incluso de socialismo. Por eso, si de manera realista resulta difícil creer que el Estado pueda ser eliminado, Moldbug argumenta que al menos puede ser curado de la democracia. Para eso, la clave está en tratar a los Estados como empresas. En la utopía neorreaccionaria, los países serían desmantelados y transformados en compañías competidoras administradas por directores generales competentes; algún tipo de variante o combinación de monarquía, aristocracia o del denominado “neocameralismo”, en el que el Estado es una sociedad anónima dividida en acciones y dirigida por un CEO que maximiza los beneficios. Una suerte de feudalismo corporativo (Goodman, 2015).

Yarvin propone que los países sean pequeños –en realidad, ciudades-estado como Hong Kong o Singapur, pero más libres de política y más tecnoautoritarias– y que todos ellos compitan por los ciudadanos/consumidores. “Los habitantes serían como clientes en un supermercado. Si no están contentos, no discuten con el gerente, se van a otro lado”, explica Nick Land, un filósofo británico que inspiró a la denominada corriente aceleracionista, abandonó la academia, se mudó a China y se convirtió en neorreaccionario.<sup>9</sup> “Si se consideran las tres célebres opciones de Albert Hirschman frente a una situación política, *exit*, *voice* o *loyalty* [salida, voz o lealtad], apostamos al mecanismo del *exit*, mientras que la democracia se basa en el derecho de *voice*”, precisa el autor del ensayo “The Dark Enlightenment” [La Ilustración Oscura] (2013), una de las principales referencias de la neorreacción. Land cree que la tecnología nos dirige hacia la singularidad y el futuro poshu-

9 Sobre el aceleracionismo, que se ubica en la izquierda, véase Avanesian y Reis (2017) y Galliano (2020).

mano, hacia una suerte de neoespecie y que no tiene sentido tratar de evitarlo, porque de todos modos va a ocurrir.

Goodman apunta que

los neorreaccionarios tienden a imaginar un futuro de múnadas: no un singular imperio ario que se extiende desde Washington hasta Florida, sino un paisaje infinitamente fragmentado de ciudades-estado basado en el principio “solo salida y ninguna voz”. Si no te gusta, te vas a la siguiente ciudad-estado, al siguiente CEO o rey CEO.

No hay política, solo reglas. Los que no pueden cumplir con las normas de ningún rey –pobres, improductivos y deficientes mentales– no tienen que ser asesinados en masa, sino que pueden ser encerrados en una cápsula conectada a un mundo virtual, al estilo de Matrix (Goodman, 2015). En varias cuestiones coinciden con los paleolibertarios, que transitaron del libertarismo hacia la extrema derecha. Al punto que pueden defender al mismo tiempo el anarcocapitalismo y formas autoritarias de poder.

La “incorrección política”, como se ve, puede llegar lejos. Los neorreaccionarios defienden la libertad personal, pero no la libertad política. Incluso Yarvin, que se retiró en gran medida del espacio público, aunque sus textos siguen siendo leídos, señaló en 2012 que los Estados Unidos debían “perder la fobia a los dictadores”. La idea que está atrás de sus razonamientos es que, mientras la tecnología y el capitalismo han hecho avanzar a la humanidad en los últimos dos siglos, la democracia solo ha hecho daño, por lo que la idea, simple, es separar capitalismo de democracia. Esto no es nada nuevo, de hecho el “maridaje” entre capitalismo y democracia es reciente y siempre inestable (Therborn, 1980); lo nuevo son, en todo caso, las formas para lograr ese objetivo. Tampoco es nueva la utopía de acabar con la política, incluso el marxismo se entusiasmó con el reemplazo del “gobier-

no sobre los hombres” por la “administración de las cosas” bajo el comunismo. Pero en este caso está ausente la idea de emancipación, reemplazada por una búsqueda de eficiencia y, más importante, esta suerte de neoliberalismo reaccionario renuncia a la disolución del Estado, cuyo poder crecería en gran medida al tiempo que muta supuestamente en otra cosa.

En esta visión –escribe desde una perspectiva crítica Jason Lee Steorts, jefe de redacción de la conservadora *National Review*–, el “gobierno” tendría un fuerte incentivo económico para que la vida sea placentera, evitando así el *exit*, y puede hacer lo que debe hacerse sin que se lo impidan los rituales liberal-democráticos. La libertad, en el sentido de participación política y soberanía popular, ya no existirá. La libertad de pensamiento, de palabra y de expresión ya no será una libertad política, sino libertad personal. Como la corporación obtiene sus ingresos de los impuestos sobre la propiedad y los súbditos del reino pueden irse cuando quieran, hacer cosas desagradables como usar el poder para matar o encarcelar sería malo para los negocios. “Si las clases dominantes (accionistas) se quedan sin ciudadanos/clientes, se funden”, dice Moldbug (2007).

¿Seguro? Steorts se burla de la “ingenuidad” de los neoreaccionarios acerca del poder. Aunque busquen presentarse como descarnadamente realistas, parecen creer que el Leviatán capitalista nunca se sentirá tentado de avanzar sobre la libertad personal tras haber suprimido la libertad política. Y hasta sostienen que bajo este sistema reinará la paz mundial. El paraíso socialista es reemplazado así por la tierra prometida de los incentivos perfectamente alineados. No pasarán cosas feas porque los que gobiernan no tendrán incentivos para ello; y los gobernados tampoco tendrán incentivos para rebelarse de otro modo que “saliendo”. Sin embargo, quizás todo esto no sea tan escandaloso si lo miramos desde otras perspectivas.

Como plantea Park MacDougald,

el sentimiento antidemocrático es poco común en Occidente, por lo que las conclusiones de Land parecen chocantes, provocaciones deliberadas, que en parte lo son. Pero, aunque sus recetas para la “dictadura corporativa” –tomadas de Moldbug– son obviamente radicales, la crítica a la democracia no lo es.

De hecho, continúa MacDougald en su artículo en *The Awl*, Land condimenta su ensayo con citas de padres fundadores de los Estados Unidos, como Thomas Jefferson, John Adams y Alexander Hamilton, para hacer comprender que la Constitución tiene como sustrato un temor similar al pueblo. La neorreacción simplemente lleva esos temores a su siguiente paso lógico: eliminar la necesidad de un consentimiento electoral (MacDougald, 2015). Por eso mismo, aunque se trate de una constelación de grupos o pensadores marginales, la neorreacción puede funcionar como un sistema de alerta temprana de cómo podría ser una futura derecha antidemocrática y un capitalismo autoritario e incluso “poshumano”. No es casual que los neorreaccionarios busquen sus ejemplos en Asia, donde muchas de estas ideas son, sin duda, menos chocantes que entre el progresismo occidental. La idea es que un gobierno económica y socialmente efectivo se legitima a sí mismo sin necesidad de elecciones. Otra coincidencia con los libertarios de derecha o paleolibertarios.

Presentada así, la idea se vuelve mucho más digerible. Y si le sacamos la excéntrica y provocadora cobertura neorreaccionaria, podría tener su popularidad; a fin de cuentas, son muchos quienes odian a los políticos y estas propuestas los borrarían del mapa. Por ejemplo, cuando en 2015 murió Lee Kuan Yew, el hombre fuerte de Singapur desde su independencia, el politólogo de Harvard Graham Allison publicó una elogiosa columna en *The Atlantic* –la misma donde escribe Applebaum con añoranza de la vieja derecha liberal-conservadora– sobre el régimen de Singapur. Destacaba el bienestar, el crecimiento, la bajísima criminalidad, y apuntaba:

Para los oídos occidentales, la afirmación de que un Estado autocrático puede gobernar más eficazmente que uno democrático suena herético. La historia ofrece pocos ejemplos de dictaduras benévolas que cumplen sus promesas o se mantuvieron benévolas por mucho tiempo. Pero en el caso de Singapur, es difícil negar que la nación que construyó Lee ha producido durante cinco décadas más riqueza per cápita, más salud y más seguridad para los ciudadanos comunes que cualquiera de sus competidores (Allison, 2015).

Singapur estaría simplemente desafiando la idea de que la democracia es la mejor forma de gobierno e incluso la “menos peor”.

En palabras de MacDougald, la neorreacción y sus variantes expresarían, más que un nuevo tipo de fascismo, una tecnocracia capitalista formalizada con rigidez, una especie de funcionalismo puro basado en incentivos, sin movilización de masas ni una reorganización social totalitaria o un culto particular a la violencia. Dicho de manera simple, la soberanía popular sería eliminada como fundamento de la política y, como sustrato, existe en este tipo de posiciones una “extraña clase de conservadurismo cultural desilusionado”, aunque “absolutamente despojado de moralismo”. MacDougald agrega de manera aguda que, a pesar del racismo y del autoritarismo de los neorreaccionarios, su economía política está más cerca del Singapur de Lee Kuan Yew que del Reich de Hitler. Land es elitista, más leal al IQ que a la raza, y con un marcado desprecio por los “proletarios con dificultades para expresarse” del ala nacionalista blanca. Pero el propio Land señala que son precisamente estos *proles* los que componen la mayor parte de la “reactósfera” actual. Lo que no se puede saber es hasta dónde llegará esa reactósfera y si devendrá un movimiento popular. “Hay una forma directa por la cual los estadounidenses pueden terminar la democracia: elegir

un presidente que prometa cancelar la Constitución”, escribió Moldbug (2009). Y quizás aquí se pueda establecer algún nexo entre neorreaccionarios y nacional-populistas: el voto podría tener algún papel, al menos en un inicio, para acabar con la propia democracia. Pero en el caso de los segundos, la apelación a la soberanía popular es fundamental, al menos antes de tomar el poder; no hay ejemplos de gobiernos de tipo Le Pen hasta ahora, aunque sí algunas experiencias prefigurativas en Europa central y oriental.

En un sonado artículo de 2009, Peter Thiel –el ya mencionado factótum de PayPal– dijo que ya no cree que “la libertad y la democracia sean compatibles”. Thiel piensa parecido a otros libertarios decepcionados y devenidos reaccionarios.<sup>10</sup> La diferencia con otros es que él tiene plata. Con ella financia diversos proyectos, entre ellos el de los “libertarios de alta mar”: el Seasteading Institute tiene entre sus promotores estrella a Patrick Friedman, nieto del famoso economista Milton Friedman, y busca construir ciudades-plataformas en aguas internacionales para huir de la soberanía de los Estados. La decepción con la política llevó a Thiel a buscar “espacios de libertad” asociados a la tecnología. Sin nuevos territorios para descubrir, Thiel identifica tres fronteras: 1) el *ciberespacio*: “PayPal se centró en la creación de una nueva moneda mundial, libre de todo control y dilución gubernamental –el fin de la soberanía monetaria, por así decirlo–”; 2) el *espacio exterior*: el cosmos es potencialmente infinito, pero hay una barrera de entrada. La tecnología de los cohetes no ha avanzado demasiado desde la década de 1960. “Debemos redoblar los esfuerzos para comercializar el espacio, pero también debemos ser realistas sobre los horizontes temporales involucrados”; 3) *alta mar*: un intermedio entre internet y el espacio.

10 “Los años veinte fueron la última década de la historia estadounidense en la que se podía ser realmente optimista en política”, dice.

Más “real” que el primero y más accesible que el segundo. De allí los esfuerzos de *seasteading*.

Se trata de una suerte de secesionismo tecnológico ante las dificultades para torcer la política. La neorreacción expresa una forma de autoritarismo de derecha entrecruzado con un tipo de transhumanismo oscuro (O’Connell, 2017). Sin duda, se trata de una visión del mundo muy minoritaria, pero, como escribió Klint Finley, arroja algo de luz sobre la psique de una parte de la cultura tecnológica contemporánea (Finley, 2013). Por eso vale la pena considerarlo, más que por su fuerza político-intelectual, por lo que devela como un síntoma: más allá de su exotismo, la neorreacción habla de cosas que están *ahí*.

\* \* \*

Aunque las diferencias son numerosas en la galaxia alternativa, hay un elemento común: en sus diferentes versiones, estas derechas odian a los conservadores convencionales, que habrían capitulado ante el progresismo: los llaman *cuckservatives* [conservadores cornudos].<sup>11</sup> Dicho esto, podemos sintetizar al menos tres líneas de tensión entre las diferentes sensibilidades de las nuevas derechas radicales: una es estatismo versus antiestatismo, en una gama que va desde los libertarios hasta los neorreaccionarios, pasando por diferentes combinaciones de colores. Otra, no menos importante, es occidentalismo versus antioccidentalismo. Mientras un ala de la *alt-right* busca proteger a Occidente de sus enemigos –es culturalmente cristiana, a menudo proisraelí y combate el “peligro” del islam–, otra es antisemita, puede ser pagana y culpa al

11 Pero es más que “cornudo” a secas. El *cuckservative* sería el conservador del establishment que asiste al espectáculo de su esposa –o de su cultura– penetrada por un extraño (que en el porno *cuckold* es casi siempre un negro).

propio Occidente –y a la sociedad industrial– por los problemas del mundo actual. De allí provienen tendencias como el ecofascismo y diversas utopías primitivistas. Y una tercera es geopolítica: Matteo Salvini y Marine Le Pen son más cercanos a Vladimir Putin, mientras que Vox o Chega! son atlantistas. El problema es que, aunque las grietas son a menudo pronunciadas, encontramos muchas veces que estos mundos conviven en los mismos espacios, donde se enfrentan, discuten, se insultan y también coinciden.

